

SOBRE LOS ROMANCES MORISCOS DE PADILLA Y *EL ABENCERRAJE* ¿ERA PADILLA MORISCO?

ANTONIO REY HAZAS
(Universidad Autónoma de Madrid)

Hasta hace muy poco, Pedro de Padilla permanecía en el más completo olvido, pues excepción hecha de su amistad con Cervantes, recordada a menudo por los estudiosos del autor del *Quijote*, apenas sabíamos de él que era uno de los escasos poetas que había logrado publicar buena parte de sus obras en el Siglo de Oro. Ahora no es así, gracias sobre todo a la impagable labor editora de J. Labrador y R. DiFranco,¹ que han puesto a nuestra disposición casi la totalidad de su abundante obra impresa y manuscrita.

La poesía impresa que nos interesa para este trabajo, cronológicamente ordenada, se halla en las *Poesías inéditas de Pedro de Padilla y versos de otros*

¹ José J. Labrador Herráiz y Ralph A. DiFranco, *Cancionero autógrafo de Pedro de Padilla. Manuscrito 1579 de la Biblioteca Real de Madrid*, Colección de Cancioneros Castellanos, Moalde: PO, 2007; el *Thesoro de varias poesías*, Colección de Cancioneros Castellanos, Moalde: PO, 2008; el *Cancionero de Pedro de Padilla, con algunas obras de sus amigos. Manuscrito 1587 de la Biblioteca Real de Madrid*, México: Frente de Afirmación Hispanista, 2009; las *Églogas pastoriles de Pedro de Padilla y juntamente con ellas algunos sonetos del mismo autor*, México: Frente de Afirmación Hispanista, 2010; el *Romancero de Pedro de Padilla, en el cual se contienen algunos sucesos que en la jornada de Flandes los españoles hicieron. Con otras historias y poesías diferentes*, México: Frente de Afirmación Hispanista, 2011; *Poesías inéditas de Pedro de Padilla y versos de otros ingenios del S. XVI. Ms B90-VI-08 de la Biblioteca Bartolomé March*, México: Frente de Afirmación Hispanista, 2011; Pedro de Padilla, *La verdadera historia y admirable suceso del segundo cerco de Diu*, México: Frente de Afirmación Hispanista, 2011; Pedro de Padilla, *Jardín espiritual & Grandezas y excelencias de la Virgen Nuestra Señora*, México: Frente de Afirmación Hispanista, 2011.

ingenios del s. xvi, pertenecientes al manuscrito B90-VI-08 de la Biblioteca Bartolomé March, fechable en 1572; el *Cancionero autógrafo de Pedro de Padilla*, obra de 1579, como indica el *Manuscrito 1579 de la Biblioteca Real de Madrid* en que se encuentra; el *Tesoro de varias poesías*, voluminoso impreso que se publicó en Madrid, en 1580; el *Romancero*, de tamaño también considerable, aunque algo menor, publicado asimismo en la imprenta madrileña de Francisco Sánchez, en 1583; y, finalmente, cuatro años después, el *Cancionero de Pedro de Padilla, con algunas obras de sus amigos. Manuscrito 1587 de la Biblioteca Real de Madrid*.

Es necesario recordar, por otra parte, que el poeta sufre en 1584 una transformación decisiva que modifica su vivir y su crear, pues tiene una profunda crisis espiritual y, a consecuencia de ella, se hace carmelita y se convierte ya para siempre en fray Pedro de Padilla. La honda metamorfosis no alteró, sin embargo, su vocación literaria, que se centró en materias religiosas, como es natural, pero siguió siendo la clave de su existencia, pues en 1585 vio la luz de las prensas madrileñas su *Jardín Espiritual*, el mismo año que en Alcalá de Henares aparecía su *Ramillete de flores espirituales, recogido de católicos y graves autores*, obra de la que no conservamos ningún ejemplar, a causa de los graves problemas que tuvo con el Santo Oficio. Dos años más tarde, en 1587, cuando se reedita por segunda vez el *Tesoro*, asimismo en la Corte, aparecían sus *Grandezas y excelencias de la Virgen, Señora Nuestra, compuestas en octava rima*.

Si a ello unimos sus traducciones, como la *Monarquía de Cristo* (Valladolid, 1590), del italiano Juan Antonio Pantera, y *La verdadera historia y admirable suceso del segundo cerco de Diu* (Alcalá, 1597), traducción en verso del portugués Jerónimo Corte-Real; así como los diferentes poemas de alabanza a obras de sus amigos, y las numerosas aprobaciones de libros que firmó, comprobaremos que su actividad literaria fue incesante, y no menguó apenas cuando se hizo carmelita, pues debió de morir en 1600.

Una vida corta –hubo de nacer hacia 1550–, de unos cinco decenios, o poco más, que ha estudiado Aurelio Valladares Reguero;² pero una obra larga, de interés indudable; ligada generacionalmente a un grupo de amigos que conviene recordar: Miguel de Cervantes, Gabriel López Maldonado, Luis Gálvez de Montalvo, Vicente Espinel y Juan Rufo, todos ellos nacidos hacia 1550, junto con Pedro Laínez, que tenía diez o doce años más, pero estaba muy unido al grupo y, en menor medida, Francisco de Figueroa y Alonso de Ercilla.

También he de aclarar que, si analizamos únicamente su obra impresa, los romances de Padilla abrieron caminos de interés al romancero áureo español, sobre todo gracias a sus romances polimétricos de carácter novelesco, pero no llegaron a formar parte del Romancero nuevo.

² El poeta linarense Pedro de Padilla. Estudio bio-bibliográfico y crítico, Jaén: UNED, 1995.

Recordaré brevemente el núm. 16 del *Tesoro*, que empieza en romance:

En la villa de Antequera
Jarifa cautiva estaba,
la mora que más quería
el rey Chico de Granada. [...]

Jarifa cree que el rey no la ama, y le escribe una carta en quintillas:

La cautiva y desdichada,
libre un tiempo y venturosa
en ser de ti tan amada,
te escribe muy temerosa
de que estará ya olvidada. [...]

Y sigue así, en quintillas dobles, hasta el verso 102, que concluye la exposición de sus quejas. Nótese que son 70 versos en quintillas dobles y 32 en romance.

A renglón seguido viene el *Romance segundo prosiguiendo la historia*, que relata en 16 versos cómo el rey, con el fin de que Jarifa sepa que no la ha olvidado y conozca el dolor profundo que le han causado sus dudas, escribe una carta a Jarifa

Grande agravio se le ha hecho,
Jarifa dulce, a mi fe,
en imaginar que esté
aun de vivir satisfecho
sin lo que en verte gocé. [...]

Y así siguen 20 quintillas, hasta el verso 218, donde acaba el conjunto, en las que el rey de Granada da fe de su amor a Jarifa:

Y pues que sabes que muero
de la manera que mueres,
espera como yo espero,
que de lo bien que te quiero
conozco lo que me quieres.

Lo más curioso es que se trata de un claro experimento, dado que solo 48 versos usan el romance, y todos los demás, 170, van en quintillas, seguramente porque se trata de una narración fundamentalmente lírica, en la que interesan sobre todo los sentimientos de los dos enamorados, y no tanto el relato de su separación.

Un caso diferente, por ejemplo, de extensión considerable, cercana a los quinientos versos, es el excelente romance morisco –núm. 298 del *Tesoro*– *Del casamiento de Fátima y Xarifa*, que comienza «Cuando salió de cautivo / el rey Chico de Granada». El relato inicial, en romance, son 257 versos. A continuación, la *Carta de Jarifa a Abindarráez* añade 110 versos en quintillas dobles, en los que la dama ratifica su amor exclusivo por el Abencerraje:

Que para tuya nací
y desto mi fe te empeño,
y pues que soy la que fuy,
tendrás por cierto de mí
que jamás tendré otro dueño.

Vuelve el romance en el v. 368, y prosigue así hasta el final, hasta el verso 487. Son ahora, por tanto, 110 versos en quintillas, y 377 en romance. Se invierte así la proporción del anterior relato, y el romance ocupa el lugar que le corresponde en una verdadera novelita morisca en verso, porque la narración es ahora más importante.

La tercera novela en verso es de importancia capital; más aún, es la novela en verso más reveladora de todas las escritas por su autor, ya que se trata de una auténtica versificación del *Abencerraje y la hermosa Jarifa* realizada por Padilla en cinco romances consecutivos, que llevan los números de poema 41, 42, 43, 44 y 45 de su *Romancero*, y tienen, respectivamente, 130, 102, 116, 104 y 144 versos, es decir, casi seiscientos: 596, para ser exactos. Una versión en romance de la célebre novelita, que sigue muy de cerca el texto impreso en *La Diana*, de Jorge de Montemayor, desde su edición de Valladolid de 1561.

Padilla se limita a poner en romance la prosa del portugués, sin ninguna modificación que altere el orden ni el desarrollo de la historia novelesca, más allá de su considerable *abreviatio*. Y eso me parece de sumo interés, dado que se trataba de un relato bien conocido entonces por todos, lo que significa que Padilla, dada la absoluta fidelidad de su versión reducida, no buscó nunca la originalidad en la *inventio*, sino al contrario, en la *imitatio* más directa. Se limitó, en consecuencia, a poner en verso, y más concretamente en romance, la prosa de Montemayor, lo que parece dar a entender –y más porque lo había hecho ya antes muchas veces, como hemos visto–, que entendía el verso como un canal narrativo equiparable al de la prosa, aunque fuera de manera mucho más abreviada. Es más: al elegir una obra tan famosa como el *Abencerraje* para versificarla, Padilla demostraba perfectamente su manera de entender la novela en verso, siempre mucho más abreviada, de una parte, y ligada directamente al romance, de otra.

La prueba es que en este caso, a diferencia de lo que suele hacer en otros relatos en verso, utiliza únicamente el romance, en todas las ocasiones, pues

solo se ve interrumpido dos veces: una en el primer romance (núm. 41), cuando Abindarráez es sorprendido por los caballeros cristianos, que le oyen cantar la siguiente canción:

En Cártama me he criado,
 nací en Granada primero,
 y soy de Álorá frontero
 y en Coýn enamorado.
 Aunque en Granada nací
 y en Cártama me crié,
 en Coýn tengo mi fe
 con la libertad que dí.
 Allí viuo adonde muero,
 y estoy do está mi cuydado,
 y soy de Álorá frontero
 y en Coýn enamorado.

Y otra en el cuarto (núm. 44), cuando Abindarráez le dice a Jarifa estos versos de amor sobre sus atributos de belleza en endecasílabos:

Si hebras de oro son vuestros cabellos
 a cuya sombra están los claros ojos,
 dos soles, cuyo cielo es vna frente,
 faltó rubí para hacer la boca,
 faltó cristal para el hermoso cuello,
 faltó diamante para el blanco pecho.
 Bien es el coraçón, qual es el pecho,
 pues flecha de metal, de los cabellos,
 jamás os hace que boluáys al cuello,
 ni que me deys contento con los ojos;
 pues esperad vn sí de aquella boca
 a que os mire jamás con leda frente.
 ¿Ay más hermosa y desabrida frente?
 ¿Aurá tan duro y tan penoso pecho?
 ¿Ay tan diuina y tan ayrada boca,
 tan ricos y avarientos ay cabellos?
 ¿Quién vio crueles tan serenos ojos
 y tan sin mouimiento el dulce cuello?

Pero, harto significativamente, se trata en ambos casos de versos procedentes del texto de Montemayor, *no de Padilla*, que se limita a copiarlos y mantenerlos

en su poema, quizá porque son los únicos de la novela; con la salvedad de que, en el elogio de la belleza de Jarifa, suprime los últimos veinte endecasílabos del portugués. En consecuencia, el linarense sintetiza en octosílabos el texto en prosa de Montemayor. Y eso implica que considera el romance como un cauce narrativo eficaz, capaz de cumplir una función narrativa semejante, aunque de modo más breve, ágil y dinámico: la prueba es que transforma en romance únicamente la prosa de Montemayor, pero nunca sus versos.

No obstante, altera un tanto los versos del *Abencerraje*, de la siguiente manera: a) en los octosílabos, dice el tercer verso «y soy de Álora frontero», en vez de «mas fui de Álora frontero»; y en el undécimo insiste «y soy de Álora frontero», sustituyendo a «de Álora soy frontero». Asimismo, en los endecasílabos, el quinto verso dice «*el cristal*», en lugar de «cristal»; el octavo «de metal, de los cabellos», y no «*del metal de los cabellos*»; el siguiente dice «*volváis al cuello*», y no «el cuello», y el duodécimo, en fin, «*a que os mire jamás*», en vez de «de quien miró jamás». Pequeños matices de exigua importancia, que únicamente demuestran que leía y corregía con cuidado los versos, como buen poeta que era, más allá de cualquier otra consideración.

Padilla siguió fielmente el texto de Montemayor, respetándolo hasta en sus errores históricos. Por eso, el primer romance (41) mantiene la referencia a Narváez como conquistador de Antequera y alcaide de Álora, tal y como hacía el *Abencerraje*, aunque fuera históricamente imposible, dado que Antequera se tomó en 1410 y Álora en 1484. Por lo demás, desarrolla el encuentro entre Abindarráez y Narváez, una noche en que el alcaide de Álora sale con otros nueve caballeros a buscar honra, se parten en dos grupos, y uno de los bandos encuentra al moro, que va camino de Coín para ver a su amada Jarifa, cantando la primera canción que he comentado. Entonces:

Y veen asomar vn moro
sobre vn gallardo cauallo
con vna marlota azul
y vn albornoz colorado,
con rapacejos de oro
a las orillas colgando,
y vna toca en la cabeça,
que diuersas bueltas dando,
de deffensa le seruía,
como si viniera armado,
vn adarga ante los pechos
y gruesa lança en la mano.

Comparemos los versos de Padilla con la descripción en prosa de Montemayor:

venía en un gran caballo rucio rodado, vestida una marlota y albornoz de damasco carmesí, con rapacejos de oro, y las labores dél cercadas de cordoncillos de plata. Traía en la cinta un hermoso alfanje con muchas borlas de seda y oro, en la cabeza una toca tunecí de seda y algodón listada de oro y rapacejos de lo mismo la cual dándole mucha vueltas por la cabeza le servía de ornamento y defensa de su persona. Y traía una adarga en el brazo izquierdo muy grande y en la derecha mano una lanza de dos hierros.

Padilla añade algo, aunque poco: el color azul de la marlota, pues todo es carmesí en Montemayor, y el alfanje, que no cita el portugués, y es una cimitarra en la versión de Antonio de Villegas.

La versión en romance de Padilla es muy fiel al original: únicamente hay una mala lectura del texto en prosa, puesto que se refiere a nueve caballeros cristianos, incluido Narvárez, cuando en la novela son siempre Narvárez y nueve más, esto es, diez cristianos, cinco en cada bando, pues se dividen en dos, tanto en Montemayor como en Villegas. Sin embargo, en Padilla encuentran a Abindarráez cuatro caballeros cristianos, porque sin duda el linarense había entendido (mal) que eran nueve en total, y otros cuatro venían con don Rodrigo. Con excepción de esta minucia, sin duda un mero malentendido, todo lo demás es absolutamente fiel a la versión en prosa de Montemayor.

El romance primero (41), en fin, es el encuentro, y después de que el moro venza a dos cristianos (tres en el original), llega Narvárez, y él solo vence a Abindarráez. Así acaba el primer romance.

El segundo (42) es la primera parte de la autobiografía de Abindarráez: sigue con la misma fidelidad, y cuenta cómo regresan todos a Álorá con el moro cautivo. Entonces, Narvárez observa con preocupación la tristeza excesiva del valiente caballero: «Y vióle que yua muy triste, / muy penado y afligido, / y en vn hombre tan valiente / bajeza le ha parecido». De nuevo, mera adaptación en octosílabos de «parescíale demasiada tristeza la que llevaba para un ánimo tan grande». Le pregunta, y el moro, al saber que se trata del famoso Rodrigo de Narvárez, cambia su faz: «Huelgo que mi mala suerte / tal descuento aya traído»; simple versión en romance, como siempre, de: «en extremo me huelgo que mi mala fortuna traya un descuento tan bueno». Entonces, decide contarle su vida anterior, y se produce el relato autobiográfico de Abindarráez, en el que cuenta a Narvárez la historia de su familia, los Abencerrajes, y cómo quedaron vivos únicamente su padre, su tío, y él, a causa de una falsa acusación de traición al rey de Granada:

soy Abindarráez el Moço,
a diferencia de vn tío
ques hermano de mi padre
y tiene mismo el apellido,

En la prosa, nunca Abindarráez se llama a sí mismo el Mozo, aunque sí dice que solo sobrevivieron su tío y él: así se funda la división entre Abindarráez el mozo y Abindarráez el tío.

El tercer romance (43) es la segunda parte, primera mitad, de la autobiografía de Abindarráez, centrada ya exclusivamente en la historia íntima y personal de sus amores con Jarifa en Cártama, donde se criaron ambos como hermanos, enamorados ambos sin saberlo, hasta que tuvieron conciencia de que no eran hermanos y de su inmenso amor. Todo es mera versificación de la novela en prosa.

El cuarto romance (44) es la segunda parte, segunda y definitiva mitad, de la autobiografía de Abindarráez, pues desarrolla su amor desde el momento en que descubren con seguridad que no son hermanos. Como siempre, sigue a la letra el texto en prosa de la *Diana*, y el moro prosigue su relato autobiográfico, contando a Narváez cómo se acentuó su amor y Jarifa le aceptó encantada por esposo, justo al mismo tiempo que trasladaban a su padre desde Cártama a Coín, con lo que tuvieron que separarse los dos enamorados, con la promesa de esperarse hasta que pudieran unirse definitivamente. Y apenas acababa de llegar un mensaje de Jarifa llamando a Abindarráez, y éste caminaba presto hacia Coín para verla, cuando fue apresado por los cristianos. Tal era la causa de su extrema aflicción.

El quinto y último romance (45) es la conclusión feliz del relato, en la que se encuentran todas sus claves. Acabada ya la autobiografía del moro, Rodrigo de Narváez le deja en libertad bajo palabra de regresar antes de tres días y escribe al rey de Granada intercediendo por el amor de Abindarráez. El rey acepta y ordena al padre de Jarifa que haga el casamiento. Mientras, Abindarráez se ha reunido en Coín con su amada y todo acaba felizmente. Lo más curioso es que Padilla respeta la narración en prosa por completo, incluso cuando se producen las dudas de Jarifa, pues Abindarráez da un suspiro de alegría al estar a su lado, y ella cree equivocadamente que es de amor por otra dama; aunque, incluso así, a la usanza árabe, dice estar dispuesta a servir a quien Abindarráez ame:

¡Abindarráez, qué esto!
 ¿yo no soy la que tú amauas?
 si acaso yo no lo soy,
 ¿por qué me traes engañada?,
 si has hallado en mi persona
 alguna notable falta
 que no te haya dado el gusto
 que primero imaginauas,
 bien podrás poner los ojos
 en mi voluntad, que basta
 para cubrir qualquier cosa;

y si sirues otra dama,
podrás decirme quién es
porque yo a seruirla vaya.

No hay tal, claro está, y todo concluye con la unión definitiva de los dos enamorados. Narváez los deja en libertad para siempre, y ellos corresponden con muchos regalos: 4.000 doblas de oro, dadas por el alcaide de Coín a Abindarráez, que no acepta el caballero cristiano, aunque sí los seis caballos, las seis lanzas de dos hierros y otras tantas adargas, que da a sus guerreros, además de un caballo y, por supuesto, la caja de ciprés de Jarifa, que llevaba una carta dirigida a él.

Vemos con claridad que Padilla, además de poner en romance la prosa de Montemayor, ha interpretado previamente el *Abencerraje* con mucha claridad, como revela su estructuración del relato, dado que lo divide en cinco partes o romances, el primero de los cuales es la introducción, mediante el encuentro de los dos héroes; el último, la conclusión feliz del lance; y los tres intermedios relatan la autobiografía que Abindarráez cuenta a don Rodrigo de Narváez. De modo que está muy clara la lectura de nuestro autor: para el linarense la clave de la novelita es el relato autobiográfico de Abindarráez, pues ocupa el centro largo, tres quintas partes del total, en concreto. A su vez, ese centro se divide en dos, pues el romance segundo narra la historia de los Abencerrajes, de su familia, mientras que los otros dos, el tercero y el cuarto se centran en su historia amorosa personal con Jarifa, que ocupa el centro de todos los centros, por así decirlo. En suma, lo que más le interesa es la historia de amor de Abindarráez y Jarifa.

Y eso no deja de ser muy significativo, en el contexto del romancero de esos años, sobre todo visto desde la *Rosa de amores* (1573) de Timoneda, en la que se inserta un romance larguísimo de 896 versos, un verdadero relato en verso, aunque algo pesado, la verdad sea dicha, —«no es una pieza muy afortunada», dice López Estrada — comparado con los romances de Padilla, muy superiores narrativa y poéticamente hablando, dado que sigue un criterio justamente opuesto al de nuestro autor, pues dedica una larguísima tirada de 338 versos —insisto en que es un solo romance, sin ninguna división, de casi 900 versos: las divisiones estructurales las hago yo— al encuentro de armas entre el moro y los cristianos, casi tan detallado como la prosa, y falto, por ende, de la necesaria agilidad del verso narrativo. En cambio, la autobiografía del moro, y con ella sus amores, siempre decisivos, pasan rápidamente, en 176 versos; quizá con excesiva celeridad. Todo lo contrario hace después, pues la conclusión caballeresca y ejemplar del embrollo vuelve a ocupar una pesada parte de 382 octosílabos.

Es obvio que Padilla, o bien no conocía el romance de Timoneda, o bien intentó hacer justamente lo contrario, ya que dio importancia central a lo que el valenciano había desdeñado: los amores de Abindarráez y Jarifa. En cualquier caso, el texto del editor de Lope de Rueda no le interesó lo más mínimo. De

hecho, el romance de Timoneda seguía muy de cerca la versión primitiva de la *Crónica* (Toledo, 1561), más que el *Inventario* (1565) de Antonio de Villegas, mientras que Padilla, como hemos visto, se basaba expresamente en la versión de *Los siete libros de la Diana*, de Jorge de Montemayor. Juan de Timoneda y Pedro de Padilla, en fin, caminaron por sendas distintas, en su común interés por escribir una versión novelesca en verso del *Abencerraje*. Y esto es lo que me interesa, por encima de otras cosas: su interés compartido por convertir en romance la magnífica novelita quinientista, realizando al mismo tiempo un claro ensayo de novela en verso; ello por no insistir en que la herencia en verso del *Abencerraje* dio principio al romancero morisco y constituyó siempre uno de sus pilares más sólidos.

Timoneda pone en romance la versión en prosa de la *Crónica* toledana, como prueba, por ejemplo, el hecho curioso de que Abindarráez aluda al mito de Sálmacis y Troco, y confunda a Jarifa con la ninfa, deseando ser él mismo Troco o Hermafrodito, para que se fundieran ambos en un solo ser —es el nacimiento del Andrógino—:

A la hermosa Sálmacis
en belleza parecía.
Dije: ¡Oh, quién fuese Troco
para estar cabe este ninfa
sin jamás quitarme della
ni de noche ni de día.

Que corresponde, en efecto, al siguiente fragmento de la *Crónica*: «¡O, quién fuese Trocho para poder siempre estar junto con esta hermosa nimpha!» Pudiera haber sido también del *Inventario* de Villegas, en el siguiente fragmento: «Acuérdome que entrando una siesta en la huerta, que dicen de los jazmines, la hallé sentada junto a la fuente, componiendo su hermosa cabeza. Miréla, vencido de su hermosura, y paresciome a Sálmacis, y dije entre mí: “¡Oh, quién fuera Troco para parecer ante esta hermosa diosa!”» Pero no puede ser, porque el *Inventario* dice «diosa», y no «ninfa», como hacen la *Crónica* y Timoneda. Es obvia, por tanto la filiación de su romance.

En fin, otra frase que únicamente se encuentra en el texto primitivo, y corrobora que el romance del valenciano sigue a la letra y versifica muy de cerca la *Crónica*: es la siguiente:

Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí de volver un presso, y te traigo dos, de los cuales el uno solo basta a prender a otros muchos.

Que pone en romance así Timoneda:

Ved Narváez si complía
la palabra que te he dado
que a tus manos volvería:
un preso te prometí
y dos presos te traía,
que el uno basta a prender
cuantos cristianos había.

Tanto el *Inventario* como la *Diana* dicen «vencer», en lugar de «prender», palabra que prefieren el texto primitivo de la novela y Timoneda.

Como ya he dicho en otra ocasión³, Padilla escribe romances de tema morisco –entre otros, como el ariostesco– que son decisivos para el desarrollo polimétrico diferenciado de sus valores novelescos, pues el romance se usa para relatar, para contar, tal y como postulaba Lope de Vega en su *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo* (1609): «las relaciones piden los romances». Padilla, no obstante, utiliza las quintillas, las octavas y otras formas métricas para la expresión de los sentimientos y pensamientos más íntimos, y en eso –por lo que se refiere a las octavas, no a los octosílabos– se diferencia de Lope, que las reservaba para los relatos más brillantes: «aunque en octavas lucen [las relaciones] por extremo». Pero su poética es, en el fondo, la misma, pues no hay que olvidar que Padilla se adelanta unos años al Fénix, ni que escribe solo narraciones en verso, no comedias. Pero su importancia para la historia del romancero es indudable, desde el momento en que decide mezclarlo con metros diferentes, para adaptarse mejor así a las distintas situaciones narrativas, pues piensa y escribe en ocasiones verdaderas novelas en verso. Otros poetas también lo hicieron, como Lucas Rodríguez o Juan de Timoneda, pero de manera más tímida o con menor acierto.

De ahí su interés extraordinario por *El Abencerraje*, nunca en prosa, siempre en verso, en romance sobre todo, claro está. Y ello nos aproxima al problema que quiero plantear ahora, pues sabemos que había leído con detenimiento y admiración la excelente novela anónima, y había escrito varios romances que seguían sus pasos. Lo cual daría la razón a Francisco López Estrada cuando piensa que los romances moriscos son fundamentalmente una secuela del *Abencerraje*, como en verdad sucede. Sin olvidar, claro está, que, como decía Menéndez Pidal, «son al mismo tiempo una secuela de los romances fronterizos:

³ Véase mi «Introducción la *Romancero* de Padilla», en Pedro de Padilla, *Romancero de Pedro de Padilla, en el cual se contienen algunos sucesos que en la jornada de Flandes los españoles hicieron. Con otras historias y poesías diferentes*, eds. J. Labrador y R. DiFranco, México: Frente de Afirmación Hispanista, 2011, pp. 15-95.

en pleno siglo XVI y en el XVII, esta descripción de galas y fiestas, recargada en vistosos pormenores, la galantería viniendo a ser el pensamiento único de los caballeros, la acción tejida sólo de amores, celos y desdenes, fue lo que constituyó los romances moriscos, que no son sino una forma ulterior de los fronterizos [...] Los romances fronterizos son los últimos retoños de la poesía heroica nacional. Con la toma de Granada la poesía heroica agotó su segunda vida y nunca ya supo hallar otros manantiales de inspiración».⁴

De hecho conviven a veces en el mismo texto, como sucede en *Las guerras civiles de Granada* (1595) de Ginés Pérez de Hita, donde hay 16 fronterizos y 21 moriscos.

El problema que a mí me interesa en este momento es la conjunción de ambas teorías,⁵ porque no existe, o no hemos encontrado, ningún romance anterior que sea la base argumental de *Los amores de Abindarráez y Jarifa*, y sí, al contrario, multitud de romances que siguen los pasos del *Abencerraje* y acaban por conformar el género morisco. Por tanto, si el romance morisco deriva del fronterizo y de la novelita, lo más lógico sería que hubiera un romance fronterizo que fuera la fuente de la iniciadora de la novela morisca. Pero hasta la fecha no lo hay.

Sin embargo, sí existe en el viejo romancero fronterizo un romance que habla de los amores de Jarifa y el rey Chico de Granada, que bien pudiera ser el origen de otros, hoy desaparecidos o perdidos, en los que un Abencerraje sustituyera al rey. Nada tendría de extraño, porque en el romance viejo de la época de los Reyes Católicos, Jarifa está cautiva en Antequera –siempre nos cruzamos con Antequera en este camino del romancero morisco– de alguien sin nombre que no quiere dejarla marchar ni aceptar rescate alguno, pese a las presiones del mismo rey, que está dispuesto a todo por amor, incluso a cambiar Granada por Antequera para reunirse con su amada Jarifa.

Las coincidencias son muchas, a partir del nombre de la dama, claro está, de Jarifa,⁶ que es la clave, sin olvidar la intervención del rey, el cautiverio de la dama, la separación forzosa de los amantes, el amor incondicional, etc. Pero incluso el hecho de que suceda en Antequera es muy importante para esta hipótesis, porque Rodrigo de Narváez es en la novela conquistador y «alcaide» de Antequera, y sabemos que los romances fronterizos más antiguos surgieron precisamente de la conquista de Antequera en 1410.⁷ La conquista de Antequera es clave en el

⁴ *La epopeya castellana a través de la literatura española*, Madrid: Espasa Calpe, 1974, págs. 134 y 135.

⁵ Véase Fredo Arias de la Canal, en la introducción a su antología *Romancero de la hermosa Jarifa*, México: Frente de Afirmación Hispanista, 2011.

⁶ En Timoneda se llama Narcisa.

⁷ Vid. Francisco López Estrada, *La conquista de Antequera en el romancero y en la épica de los Siglos de Oro*, Sevilla, 1956; «La leyenda de la morica garrida de Antequera en la poesía y en la historia»,

viejo romance fronterizo, como es natural, pero está forzada en la novela y en su tradición posterior, ya que la mayor parte del romancero fronterizo se liga a la fecha de la conquista, 1492 y poco antes: la toma de Alhama en 1482, la de Álora en 1484, la de Baza en 1489, etc. Por eso mismo es importantísimo el anacronismo de Rodrigo de Narváez, que indica la presencia viva de la toma de Antequera. Sin olvidar, claro está, que uno de los más hermosos romances del *Romancero*, poema núm. 29, que tiene 276 versos e incluye nueve octavas reales, relata con habilidad una peripecia completa que explica el nombre de la famosa Peña de los Enamorados de Antequera.⁸

A todo ello hay que unir, claro está, el extraordinario interés de Padilla por este romance de *Jarifa y el rey de Granda*, pues quizá nos da una pauta para seguir este camino. Ya he comentado una de sus versiones, la del *Tesoro*. Pero hay que saber que se repite en casi todas sus obras, pues aparece ya en 1572, en el *manuscrito de la Biblioteca March*, antes incluso que el tema mismo del Abencerraje, con un romance de 22 versos y una glosa de quintillas dobles de 110: «¡O, Jarifa, hermana mía!, ¡ vida dulce y regalada». Mucho, después, en el *Romancero* (1583), vuelve sobre el viejo poema y reproduce la misma *glosa de Jarifa y el rey de Granada*, pero con muchas variantes, retocando casi cada verso, lo que demuestra su extraordinario interés por este asunto. Finalmente, el *manuscrito de 1587*, la última obra profana del linarense, incluye la versión más breve y directa del viejo romance, lo que resulta muy significativo:

En la ciudad de Antequera
 Jarifa cautiva estaba,
 la mora que más quería
 el rey Chico de Granada.
 Siente tanto verse presa
 que nada le consolaba
 porque el cuerpo en Antequera
 tiene y en Granada el alma,
 que si el moro la quería
 ella más que a sí le ama;
 cien mil años le parece
 cada momento que tarda
 el rescate que se había

en *Archivo Hispalense*, Sevilla, 1958, págs. 141-231; «Historia de la poesía antequerana II. La guerra y el amor en la toma de Antequera (la morica garrida)», *Revista de poesía antequerana «Galeote»*, núms. 1-2 (1987), 20 época, Antequera, págs.7-9; y B. Martínez Iniesta, «La toma de Antequera y la poética del heroísmo», en *Las tomas: Antropología histórica de la ocupación territorial del Reino de Granada*, Granada, 2000, págs. 383-417.

⁸ Véase mi «Introducción la *Romancero* de Padilla», págs. 75-79.

de dar para libertalla,
 porque de aquesto imagina
 que la tendrá ya olvidada.
 Por certificarse desto
 al rey escribe una carta,
 dándole en ella a entender
 lo que en la prisión pasaba.
 Y con un moro la envía
 que era alcaide del Alhambra,
 y de paz viene a Antequera
 solo a saber cómo estaba.
 El rey la carta recibe
 y antes que pueda acabarla
 vio que Jarifa en ella
 tristemente se quejaba.

Padilla, en consecuencia, nos da algunas claves de interés, dado que insiste tanto en este asunto de *Jarifa y el rey de Granada*, como en el del *Abencerraje*, sin olvidar el de los *celos de Fátima y Jarifa*, que no he tocado, porque plantea problemas diferentes. Con todo, mientras no encontremos el nexa cabal que precisamos, no podemos ir más allá de la mera hipótesis.

¿ERA PADILLA MORISCO?

Finalmente, otro problema, muy relacionado con el anterior, que me interesa es el de saber si Padilla era de origen morisco o no, dada su extraordinaria familiaridad con el mundo árabe granadino, a partir de la propuesta realizada por M.^a Soledad Carrasco Urgoiti,⁹ según la cual es probable que nuestro autor fuera en efecto de raza árabe. Resumo sus palabras, citándolas directamente, siempre que me sea posible hacerlo:

A partir de las censuras antimoriscas que comienzan en 1592-93, se produjo «un giro hacia la interpretación social, nacionalista y conflictiva» de los romances moriscos y de sus autores», que se interpretaron muchas veces desde entonces como «inventores de esta secta / que si no es hereje es falsa», palabras que «implican –dice– cierto grado de solidaridad con quienes en la vida hacen uso secreto de los mismos nombres y acaso profesan la misma fe que sus protagonistas. Insinuación que se repetirá, y es sin embargo bien forzada,

⁹ Me refiero a su artículo «Vituperio y parodia del romance morisco en el romancero nuevo», en *Culturas populares: Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez*, 1983, Madrid: Casa de Velázquez /Universidad Complutense, 1986, págs. 115-138; sobre todo, 128-131.

puesto que el romancero morisco jamás incide en el terreno religioso excepto para cantar la conversión de un moro» (pág. 121) «El mismo reproche se repite en «el romance antimorisco más veces reimpresso», el que dice «Tanta Zaida y Adalifa, / tanta Draguta y Daraja» [*Flor V*, Burgos, 1592 y 1594; *Flor IV de Ramillete de flores*, Lisboa, 1593; *Romancero general* de 1600 y 1602; *Tercera parte de Flor de Pedro de Moncayo*, Madrid 1593; *Flor III*, Madrid 1595 y 1597], donde «haciendo uso del estilo del género vejado, el poeta introduce dos series anafóricas, sonoras y rítmicas, de nombres árabes la una y de apellidos castellanos la otra, que enmarcan la siguiente acusación:

Renegaron de su ley
los romancistas de España,
y ofrecieron a Mahoma
las primicias de sus gracias.

Pues bien, uno de los romances antimoriscos más famosos, «Ah, mis señores poetas, / descúbranse ya esas caras», publicado por vez primera en la *Cuarta y Quinta parte de la Flor de Romances* (1592), y que según Márquez Villanueva es obra de Gabriel Lobo Lasso de la Vega, menciona en clave el nombre de uno de esos «romancistas» que ennoblecían en sus versos a caballeros moriscos que no eran, en verdad, otra cosa que arrieros o labradores, pues relataban suntuosas zambras palaciegas de hermosas y nobles damas, como Fátima y Jarifa, que en la realidad española eran vendedoras de higos y pasas. Dice en concreto lo siguiente:

Están Fátima y Xarifa
vendiendo higos y pasas,
y cuenta *Lagarto Hernández*
que dançan en el Alhambra.

La opinión de M.^a Soledad Carrasco es que bajo el nombre de *Lagarto Hernández* se oculta Pedro de Padilla, «que en el umbral del nuevo estilo elaboró minuciosamente sus amplios cuadros cortesanos evocadores de la Granada mora, y desplegó en ese marco motivos áulicos», ya desde el poema «incluido en su *Thesoro de varias poesías* (1580) “Cuando salió de cautivo / el rey moro de Granada”, que lleva por título “*Romance del casamiento de Fátima y Jarifa*”. En esta composición [...] se recrea una escena que pudiera ser imagen embelecida de lo que en su juventud presencié el poeta en las casas de los moriscos principales. Y debemos recordar que [...] la zambra formaba parte de acervo propio del morisco, especialmente del granadino. Reiteradamente había sido prohibida, como pide el autor de «Ah, mis señores poetas» que se haga, en el siglo XVI. [...] Los romances de Padilla, quien era estudiante por los mismos

años en la capital del antiguo reino nazarí, ensalzaban ambos aspectos de la vida morisca, dentro de una estilización suma. [...] En apoyo de la identificación de Padilla como el poeta atacado por presentar a Fátima y Xarifa danzando en la Alhambra, falta por averiguar si el mote *Lagarto Hernández* cuadra a este poeta estrechamente vinculado a Granada [...] Y efectivamente, [hay] un manuscrito del siglo XVI, hoy en la Biblioteca de Palacio, [...] denominado] *Cartapacio del señor Pedro Hernández de Padilla, criado de Celia*, [que lo permite]. [...] Si a esto añadimos que vulgarmente se llamaba “lagarto” la insignia de Santiago, y que existió un rumor, recogido por Nicolás Antonio, de que Padilla perteneció a esta orden de caballería, tenemos quizá suficiente motivo para suponer que el poeta satírico apunta hacia el por entonces venerable carmelita, quien tanto había contribuido al desarrollo de los temas áulicos y a la faceta descriptiva de los romances de moros, haciendo ya de la nota suntuaria y colorista, referida al atuendo del sujeto poético musulmán, clave de una manera poética».

La argumentación de Soledad Carrasco se vio apoyada indirectamente por las investigaciones biográficas de Aurelio Valladares, pues una de las pocas noticias seguras que tenemos sobre Padilla es que era hijo de Francisca Hernández. De modo que el apellido le venía al amigo de Cervantes como anillo al dedo. Sin embargo, no sucedía lo mismo con el nombre, porque era verdad que llamaban «lagarto» a la enseña de Santiago, y que existió el rumor de que era caballero de la Orden, pero no hay constancia alguna de que lo fuera, ni figura su nombre en ninguno de los registros oficiales de la Orden, como ha comprobado el propio Valladares. A lo sumo, entonces, pudo tratarse de un rumor falso, y por ende, sin confirmación posible. No hay, en suma, constancia alguna de su ascendencia morisca, ni de que fuera caballero de Santiago, con lo que no queda otra cosa fiable que el apellido Hernández, que bien poca cosa es, claro está, dado su carácter común y nada distintivo. Como dice Valladares, lo cierto es que «no tenemos elementos de juicio para confirmar que nuestro autor tuviera ascendencia morisca».

Sí está confirmado, no obstante, que vivió algunos años en Granada, mientras estudiaba en su Universidad, y que bien pudo conocer allí descendientes directos de la nobleza nazarí y tener acceso a sus zambras, fiestas cortesanas y hábitos caballerescos de ascendencia árabe, que aún conservaban. Porque en algún caso parece tener información de primera mano. Pero nada más podemos decir con seguridad, y menos a causa de su profesión religiosa final como carmelita calzado, que no parece muy propia de moriscos, aunque tampoco haya incompatibilidad absoluta en estas cuestiones, como es sabido.

Hace dos años concluía mi trabajo con estas palabras: «En suma, ni en su vida ni en su obra, por lo que sabemos, hay nada decisivo que demuestre objetivamente su ascendencia morisca».

Ahora, sin embargo, han aumentado mis dudas, y, después de darle muchas vueltas al asunto, porque en estos casos hay que andar con pies de plomo, me

inclino por cambiar de opinión, a causa de un romance de Padilla que, a mi entender, solo se explica bien si ha sido escrito por un morisco. Me refiero al siguiente poema de su *Romancero*:

Romance vigésimo tercio

Entre Marruecos y Fez,
 ciudades de Beruería,
 dos *alárabes* famosos,
 personas de mucha estima,
 tuuieron el vno vn hijo
 y el otro tuuo vna hija.
 Ella como el sol hermosa
 y él de tanta valentía
 que en todos los de su tiempo
 ygual no reconocía. 10
 Tuuieron desde muy niños
 ordinaria compañía,
 y como fueron creciendo
 el amor también crecía,
 tanto que la voluntad
 que antes era niñería
 con la frecuencia del tiempo
 se vino a hacer tan fina
 que en no viéndose vn momento
 cada qual dellos moría, 20
 y el moro, faborecido
 de la que tanto quería,
 tan loçano y tan brioso
 a los *rebatos* salía,
 que de la gente christiana
 se les dauan cada día,
 que de ninguno boluió
 sin hacer *barraganía*.
 Y en sus amores andando
 tan valido que tenían 30
 todos los moros mancebos
 de su suerte mucha embidia,
 cosa de quien está siempre
 muy cercana la desdicha,
 como la que sucedió

antes con doblado esfuerço
 que en su pecho amor ponía,
 porque quien ama de veras
 no ay miedo con que se impida, 80
 el lucido *alfange* saca
 y vn *alquizel* que traía
 al fuerte brazo rebuelue,
 y al león acometía
 que de la hermosa mora
 pieças el cuerpo hazía,
 el qual, dexando la presa,
 encarniçado partía
 al enamorado moro
 que sin temor le atendía, 90
 por acompañar en muerte
 la que quiso tanto en vida.
 Y antes que el león pudiese
 darle ninguna herida,
 de vna mortal estocada
 le penetró la barriga.
 Y viendo el animal fiero
 lo mal que le sucedía,
 con la rauia de la muerte
 sus fuertes braços tendía, 100
 y cogiendo en medio dellos
 al que offendido le auía,
 con las fortísimas vñas
 el cuerpo le diuidía.
 Y muertos ambos a dos
 sobre la tierra caían,
 y estuieron largo espacio
 regando la tierra fría
 con la sangre que de entrambos
 copiosamente salía, 110
 hasta que algunas criadas
 de la mora, que salían
 a buscar a su señora
 lo que concedido auía,
 refirieron a sus padres
 y a los que el moro tenía
 que con triste sentimiento,

a los *rebatos* salía,
que de la gente christiana
se les dauan cada día,

No dice que los dieran, sino que *se les daban*, ¿quiénes? ¿la gente cristiana? Así podría entenderse, a sabiendas de que los españoles *daban rebatos* contra moros en los alrededores de Orán. Aunque igualmente podían ser *rebatos* marroquíes contra españoles en el norte de Marruecos. Nada me extrañaría, por otra parte, que Padilla hubiera buscado conscientemente la ambigüedad, con el fin de igualar a los enemigos. En cualquier caso, es un enemigo sin nombre, a diferencia de Abindarráz, Muza, Abdala, Azarque, Tarfe, Gazul y demás héroes del romancero morisco-fronterizo. Y ello pese a ser un *alárabe* famoso, esto es, un señor berebere.

Por si no fuera suficientemente significativo, las *palabras* que usa el romance son en ocasiones expresamente *moriscas*, claramente árabes, para mayor claridad de su filiación, pues demuestran una familiaridad evidente con ellas. Por ejemplo, dice «*ciudades de Berbería*», lo que nos lleva a pensar, erróneamente, en los dos reinos que formaban entonces Marruecos: Marruecos y Fez. Pero no es así: son ciudades, en efecto, dado que los marroquíes llamaban *Marruecos* a la ciudad de *Marrakesh*, como demuestra el siguiente texto: «Los Capitanes de Çafi y Azamor fueron a entrar y correr *la ciudad de Marruecos*».¹⁰

Además, usa *alárabes* (pero no en la acepción usual de árabes), *rebatos*, *barraganía* (también en sentido estrictamente morisco, como veremos), *alfanje*, *alquicel*...

Alárabes es palabra que procede, no ya del árabe, sino quizá incluso del árabe hispánico *al arab*, que usualmente se traduce como «árabes nómadas, beduinos», pero que significa propiamente «señores o jefes de tribus bereberes o beduinas», que es como se usa aquí. Veamos algunos textos moriscos españoles de la época que lo confirman:

—«levan a manera de *alárabes*, porque se mudan los pueblos de unas partes a otras».¹¹

—«Memoria de las *alqabilas* de los *alárabes* i las partidas donde komarkan, i los nombres de sus kapitanes, i lo ke tiene kada uno de kaballería». (*Alkabila* es familia, clan; tribu, nación del árabe *al-qabila*, tribu, cábila, linaje).

—«Primeramente los *alárabes* ke komarkan kon el rreino de Bijea, son kuarto *alkabilas*: los hijos de Inan, i los hijos de Çabaç ibnu Yahya, i los hijos

¹⁰ Diego de Torres, *Relación del origen y suceso de los Xarifes*, 1575, ed. M. García-Arenal, Madrid: Siglo XXI, 1980, pág. v.

¹¹ *Relacion del viage que hizo Alvaro de Saavedra desde la costa Occidental de Nueva-España a las islas*, 1529, Martín Fernández de Navarrete, Madrid: Imprenta Nacional, 1837, pág. 471.

de Fatima, hija de Yahya. Señorean estos cuatro ermanos *veinte i çinço mil de a kaballo*; éstos no sienbran ni kojen ni tienen abitaçiones supidas; *su vida es de kamellos i yewas i kaballos. Los alárabes ke komarkan kon tierras de Mililla* son dos alkabilas: Muhammad ibnu Çabaç, ibnu Yahiya i Bubravniz; *kabalgan kon vinte mil de a kaballo*. [...] Los *alárabes* ke komarkan kon tierra de Beja, es un *alkabila* ke se llaman los hijos de Abu Layli, ke *es el de mayor sangre de los al'árabes* todos; i kuando muere algún rrei sin erederero, pertienden estos al'árabes ke no se puede levantar rrey sino de su *alkabila*; *señorean kuarenta mil de a kaballo*». ¹²

No sé si será necesario insistir en que los españoles eran sus peores enemigos. Recordemos, simplemente, unas palabras de Francisco de Sosa en su *Endecálogo contra «Antoniana Margarita»* (1556):

Y el rey de Argel los yrá luego a socorrer con todo su poder de turcos e renegados e convocará los moros e *alárabes* de toda la tierra que *vayan contra los españoles, sus mortales enemigos*, lo qual ellos harán de buena voluntad porque *los tienen grande enemistad*. ¹³

Son palabras asimismo moriscas inusuales *rebato*, ataque corto y rápido por sorpresa, y sobre todo *barraganía*, en la acepción de 'caballería', de 'valentía caballeresca'. *Alfanje* y *alquicel* (capa morisca), por otra parte, son más comunes.

Padilla sabía que los *alárabes* eran *mortales enemigos de los españoles*, lo que demuestra no un conocimiento específico, claro está, pero quizá sí una visión desde alguien que conoce bien el otro bando. También demuestra su familiaridad con el mundo morisco cuando el romance habla de que a los héroes les echaron muchas *pedras encima*, pues no debemos olvidar que, como decía Fray Hernando de Talavera, también de origen morisco, entre los moros: «*los que pueden y tienen más caudal, échanles grandes pedras encima*, [...] por eso no quieren sepultura, como la usa el pueblo cristiano en las iglesias o en sus cimiterios, mas fuera en los campos como infieles y paganos». ¹⁴

En suma: los protagonistas del romance no son los héroes moriscos caballescres que lidian con cristianos en buena lid, se respetan mutuamente, se tratan de igual a igual, e incluso se deben favores unos a otros, pese a la guerra y la enemistad, etc., ni menos de los que se hacen cristianos en algún momento, tan frecuentes en el romancero morisco-fronterizo, sino que se perfilan como per-

¹² Ottmar Hegyi, *Relatos moriscos*, 1600, Madrid: Gredos, 1981, fol. 184 y sigs.

¹³ Francisco de Sosa, *Endecálogo contra «Antoniana Margarita»*, 1556, ed. P. Cátedra, Barcelona: Edicions Delstre's, 1994, pág. 33.

¹⁴ *Católica impugnación del herético libelo maldito y descomulgado*, Francisco Martín Hernández, Barcelona: Juan Flors, 1961, pág. 208.

sonajes completamente distintos. Son héroes concretamente *alárabes*, enemigos mortales de los españoles, que luchan contra gente cristiana a diario, en los *rebatos* y hacen muestra de su *barraganía* con sus *alfanjes* y *alquiceles*... Son héroes moros enemigos de los españoles, pero mitificados, elevados a la altura de Píramo y Tisbe, por su valentía, su amor auténtico, su lealtad, su honradez, su virtud, etc. Son ejemplos mitificados de musulmanes, de marroquíes, para ser más preciso, que solo un cristiano español de origen morisco (o muy simpatizante) elevaría a esa altura heroica tan elevada, sin un contrapeso cristiano que la equilibrase de algún modo. *Por eso creo que Padilla era de origen morisco*, porque es muy difícil que un español cristiano hubiera escrito este romance.

No olvidemos que la anonimidad es lo único que le ampara, que le salva, dado que los héroes tienen siempre un nombre que los define.

Tras esa pantalla hay otra, que es la ubicación muy precisa del romance en el libro, en el volumen, justo después de un romance de Abindarráez, y, lo que es más importante, delante del único romance antimorisco claro del autor, del único que ataca a los que se sublevaron en las Alpujarras y, sobre todo, lo hace porque intentaron convencer a los moriscos del Albaicín granadino para que también se sublevaran con ellos, sin conseguirlo.

Basta y sobra un fragmento, para comprobar el ataque antimorisco y la defensa expresa de los cristianos españoles, el catolicismo y los curas:

cómo en toda la Alpuxarra
los moros se han reuelado
sin auer dexado a vida
en ella a ningún christiano,
y que los templos de Christo
todos los han abrasado,
las imágenes rompido,
los crucifijos quebrado
y el Diuino Sacramento,
donde está Dios encerrado,
sin ninguna reuerencia
era dellos maltratado,
y que a muchos sacerdotes
nueuos martirios han dado,
que vnos matan a cuchillo
y otros dellos han quemado,
y otros entre dos tocinos
hizieron morir asados,
y a otros en boca y ojos
la póluora derramando
les pegauan después fuego,

Así pues, en todo caso, y con independencia de que Padilla tuviera, o no, alguna sangre morisca, como parece, era sin duda nacionalista español y cristiano convencido. De este modo se evitaba de inmediato cualquier sospecha. Pero el mito de los dos anónimos marroquíes era igual de evidente. Su simpatía por ellos, por los de su raza, era obvia; pero su españolismo y su catolicismo también lo eran: no quería confusiones, obvio es decirlo, pero tampoco deseaba olvidarse por completo de los suyos, aunque al mismo tiempo deseaba que ese recuerdo pasase, en la medida de lo posible, casi desapercibido, para evitarse problemas con la Inquisición. De ahí su estratégica ubicación en el libro.

Si Padilla no hubiera tenido ninguna sangre o ninguna simpatía morisca, hubiera hecho algo semejante al *Abencerraje*, y habría establecido amistad o dependencia del caballero moro con un caballero cristiano, como hace él mismo en tantos y tantos romances suyos. Y es que así lo hacían todos en esas fechas.

Pensemos, por ejemplo, en la *Comedia famosa del Rey Don Sebastián*, de Luis Vélez de Guevara, dado que su héroe es también marroquí, está enamorado y es correspondido desde la niñez, lucha contra los españoles, como el de nuestro romance, aunque al final, sucede lo mismo que en *El Abencerraje*, y su dueño le deja en libertad. Este marroquí, a diferencia de nuestro héroe, y como es usual, tiene nombre, se llama Zeylán, y familia conocidos, claro está:

Noble soy y Matasiete,
descendiente de la casa
de los famosos Xarifes. [Página 81]

Se enamora desde pequeño de Felisalba

Hýçonos Píramo y Tisbe
la pared de nuestras casas,
donde abrió Amor, para bernos,
mil orientes y ventanas.

Lucha valientemente contra los españoles en Ceuta, y le llevan cautivo a Lisboa, hasta que cuenta su amor a don Antonio y este le deja en libertad, el moro promete el mayor rescate posible, el cristiano le dice que solo quiere su amistad, etc. La misma historia del *Abencerraje*, con variantes, como casi siempre sucede en el teatro o en el romancero y la novela.

Por eso, este extraño –incluso entre los suyos– romance de Padilla me parece una prueba definitiva para sostener la hipótesis de su origen morisco.